

ESPAÑA, SU IMAGEN EN LA EUROPA MODERNA Y EL ORIGEN DEL ANTICATOLICISMO ESTADOUNIDENSE

Francisco Javier Gómez Díez

Los estereotipos nacionales —y esto que llamamos *Leyenda Negra* es, fundamentalmente, un estereotipo— son parte inherente a la conciencia nacional. Son fenómenos que condicionan en alto grado el comportamiento. La acción no se realiza sobre la realidad sino sobre la imagen que de ésta se tiene, sobre el *mundo*.

«¿Qué es, a todo esto, la leyenda negra? —se preguntaba a principios de siglo Julián Juderías— ¿Qué es lo que puede calificarse de este modo tratándose de España? Por leyenda negra entendemos el ambiente creado por los fantásticos relatos que acerca de nuestra Patria han visto la luz pública es casi todos los países; las descripciones grotescas que se han hecho siempre del carácter de los españoles como individuos y como colectividad; la negación, o, por lo menos, la ignorancia sistemática de cuanto nos es favorable y honroso en las diversas manifestaciones de la cultura y del arte; Las acusaciones que en todo tiempo se han lanzado contra España fundándose para ello en hechos exagerados, mal interpretados o falsos en su totalidad, y, finalmente, la afirmación contenida en libros al parecer respetables y verídicos y muchas veces reproducida, comentada y ampliada en la Prensa extranjera, de que nuestra Patria constituye, desde el punto de vista de la tolerancia, de la cultura y del progreso político, una excepción lamentable dentro del grupo de las naciones europeas.

»En una palabra, entendemos por leyenda negra, la leyenda de la España inquisitorial, ignorante, fanática, incapaz de figurar entre los pueblos cultos lo mismo ahora que antes, dispuesta siempre a las represiones violentas; enemiga del progreso y de las innovaciones; o, en otros términos, la leyenda que habiendo empezado a difundirse en el siglo XVI, a raíz de la reforma, no ha dejado de utilizarse en contra nuestra desde entonces y muy especialmente en momentos críticos de nuestra vida nacional»¹.

No disimula Juderías su pretensión vindicatoria. En resumen, intenta negar la opinión según la cual, considerando las cualidades que comúnmente se tienen por civilizadas, los españoles serían inferiores a otros pueblos. Con posterioridad, otros autores han dedicado su tiempo a estudiar, desde diversas perspectivas, la *Leyenda Negra*: C. Bratli, Sverker Arnoldsson, Romulo D. Carbia, Ricardo García Cárcel y, sobre todo, William S. Maltby y Philip W. Powell, autores a los que sigo muy de cerca en la primera parte de esta conferencia.

En torno a la *Leyenda Negra*, junto al esfuerzo por contrastarla con la realidad, hay que preguntarse por las fuerzas que pusieron en marcha su difusión, unidas, sin duda alguna, a las largas guerras que, desde el inicio de la Modernidad, dividen Europa. En este sentido se trata de

¹ J. JUDERÍAS, *La Leyenda Negra*, Salamanca, 1997, págs. 23-24.

dilucidar su incuestionable función propagandística. Dos rasgos bastan para afirmar, sin posibilidad de duda, esta función:

1.— el lenguaje vulgar y las burdas mentiras muestran la clara intención de provocar una amplia reacción en el pueblo. Señalemos algunos ejemplos, tomados de dos octavillas de 1589 y 1590:

«Debemos aprender a despreciar a aquellos magníficos “don Diegos” y “Caballeros españoles”, cuyas heroicas proezas son baladronadas y alardes, y ellos mismos, en su mayor parte, son sombras sin consistencia... ¿Que humanidad, que fe, que cortesía, que modestia y civilización podremos encontrar entre esta escoria de bárbaros? [Mis afirmaciones pueden] ser confirmadas por la comparación de su conducta con la nuestra, es decir: de sus vicios con nuestras virtudes, de su despreciable bellaquería con nuestra generosidad. Comparando nuestra conducta con la de esta gente degenerada, la nación española es desleal, voraz e insaciable por índole de los españoles, en los que puede verse conjuntamente incorporados una taimada zorra, un voraz lobo y un rabioso tigre. [El español es] un inmundo y sucio puerco, una lechuza ladrona y un soberbio pavo real ... una legión de diablos ... Colon nunca hubiera planeado este viaje si se hubiese parado a pensar que los hombres a quienes llevó ... se convertirían al punto en leones, panteras, tigres y otras bestias salvajes... ¡Oh Turcos, oh Escitas, oh Tártaros! ¡Regocijáos, pues cuanto mayor sea la crueldad de España, menos lo parecerá la vuestra!».

«[España] es y por siempre ha sido el sumidero, el charco y el montón más grande, enfangado y asqueroso de la gente más abominable, infecta y abyecta que jamás viviera sobre la tierra ... La perversa raza de esos mismos visigodos ... estos semimoros, semijudíos y semisarracenos... ¿Reinarán esos marranos; sí, esos impíos ateos sobre nosotros, que somos reyes y príncipes? [...] con su insaciable avaricia, su crueldad superior a la de un tigre, su suciedad monstruosa y abominable lujuria... su lascivia y animal violación de sus matronas, esposas e hijas, su sin par y sodomítico estupro de muchachos jóvenes, que estos semibárbaros españoles han cometido...»².

2.— Algunos rasgos que acompañan a la difusión de la *Brevísima* de fray Bartolomé de Las Casas permiten concluir lo mismo:

- Entre finales del XVI y mediados del XVIII aparecieron no menos de 34 ediciones (14 holandesas, 6 inglesas, 6 francesas, 3 italianas, 2 alemanas, 2 latinas y 1 española).
- Los gravados de De Bry (completamente ajenos a la realidad, con unos indios sin rostro y aspecto de europeos) desde su aparición, en 1598, acompañaron total o parcialmente a la edición de esta obra, y en ocasiones se editaron sin el texto lascasiano.
- Las introducciones a estas ediciones, apuntan las verdaderas raíces de su publicación (p. ej., la edición inglesa de 1656, dedicada al Lord Protector, elogia la política de éste en comparación con la española).
- Los títulos:

Las lágrimas de los indios: Tratado histórico y verídica Relación de las Cruelles Matanzas y Sacrificios de Vidas de más de Veinte millones de personas inocentes, Cometido por los Españoles en las islas de Española, Cuba, Jamaica, Etc. Así como también en el continente de Méjico, el Perú y otros lugares de las Indias Occidentales, a la total destrucción de aquellos Países (Londres, 1656);

Historia y verdadera narración de la cruel masacre y matanza de 20.000.000 de personas en las Indias occidentales, por los españoles (Nueva York, 1898).

FORMACIÓN Y EVOLUCIÓN HISTÓRICA DE LA LEYENDA

² Cit. POWELL, ob. cit., págs. 107-108.

Esta claro que a medida que penetra el poder español en Europa se extiende la *Leyenda Negra*. Significativamente, incluso Erasmo escribe: *no me gusta España*. Su razón era la presencia en ella de demasiados judíos: *Los judíos abundan en Italia, pero apenas hay cristianos en España*.

La mayor difusión de esta propaganda coincide con los conflictos holandeses e ingleses contra España, en las décadas posteriores a 1560, cuando se publican las primeras ediciones extranjeras de la *Brevísima* (francés, 1578; holandés, 1579; inglés, 1583). Pero, sin entrar ahora en la discusión sobre el origen italiano de toda la *Leyenda* o la existencia, más probable, de varios focos de difusión, no hay duda alguna sobre el hecho de que tanto los holandeses y los ingleses como el tema americano llegaron tarde a esta lucha. Proliferaba, ya con anterioridad, una amplia literatura antiespañola.

Desde el siglo XIII, los reyes de Aragón extendieron su influencia y soberanía por el Mediterráneo, e incorporaron a su Corona Sicilia, Cerdeña y, por último, Nápoles. Durante el reinado de Fernando e Isabel, España ejerce un dominio hegemónico sobre Italia, coincidiendo con la época en la que los italianos alimentan un orgullo cultural en torno a la recuperación de su antigüedad clásica.

Junto a esta causa, Sverken Arnoldsson ha destacado otras para explicar la hispanofobia italiana: la competencia de los mercaderes catalanes con los italianos; la piratería catalana en las aguas griegas e italianas; la emigración de meretrices españolas a Italia; el ambiente que rodeaba al papa Alejandro Borja y la influencia judía e islámica en la cultura española.

De este modo, pese a las estrechas relaciones intelectuales, a las mutuas influencias entre España e Italia y a los cambios introducidos cuando la Reforma protestante hizo a los dos pueblos aliados, el tenor general de las manifestación literaria itálicas, en todo el siglo XVI, fue antiespañol. Aprovechando el gran prestigio y la influencia de su literatura en esa época, Italia difunde un tema básico (y llamativo, considerando las críticas que posteriormente se harán a España): la ortodoxia religiosa y la cultura de los españoles es manifiestamente inferior a la europea por haber sufrido la perniciosa influencia de musulmanes y judíos.

En el mundo germánico la propaganda antiespañola se difundió a raíz de las guerras mantenidas por el emperador Carlos V contra los protestantes. El tema que vertebraba las acusaciones es, en este caso, bien distinto: el Emperador intenta imponer una dominación extranjera (la española) sobre la *nación* alemana. Infinidad de canciones y textos escritos presentaron al Emperador como jefe de una facción religiosa y enemigo de Alemania. Con el apoyo de tropas españolas, pretendía establecer una dominación extranjera. Igualmente, se denunciaron los vínculos entre España y Roma y, adelantando la postura posterior de Inglaterra, llegó a tacharse de traidores a los católicos alemanes.

De particular importancia para la cristalización, no sólo en Alemania, de la *Leyenda Negra* fue la labor realizada por un copioso número de editores protestantes y judíos. Los judíos, a raíz del establecimiento de la Inquisición en España (1480) y de su expulsión (1492), fueron

responsables de una importante labor propagandística, donde destacó especialmente la comunidad judía de Amsterdam.

Igualmente, desde la dominación musulmana de España y su fugaz penetración en Francia, la desconfianza francesa hacía todo lo que pudiera venir del sur de los Pirineos se difundió ampliamente, agravada, en el transcurso de la Edad Media, por conflictos sobre los territorios fronterizos. La hostilidad culminó con las rivalidades de los siglos XV y XVI, cuando España frustró las ambiciones francesas sobre Italia y encerró a Francia en un poderoso cerco internacional. Salavert ha señalado como la ofensiva panfletaria francesa parece un aquelarre colectivo en el que se pretende conjurar el pánico al formidable poder de Felipe II ridiculizando cáusticamente y reduciendo al absurdo todo lo español. Las críticas se concentran sobre los vicios y defectos de los reyes y el sistema de gobierno español (avaricia recaudadora, crueldad, etc.), la pretensión de dominar toda Europa, la pobreza y la pereza española y su violencia religiosa.

Por otra parte, en los Países Bajos, desde que Holanda inicia la rebelión militar contra España, en la segunda mitad del XVI, se pone en marcha una campaña de justificación y propaganda, que tiene en la *Apología* de Guillermo de Orange (1580) su manifestación más acabada. Se trata de un texto, aproximadamente de quince mil palabras, donde se defienden esencialmente dos ideas: la perversidad de Felipe II y la pretensión española de conquistar el mundo. Pronto fue un éxito de ventas. Sólo en 1581 se publicaron diez ediciones, en francés (5), holandés (2), latín, alemán e inglés. Y otras muchas en los años sucesivos. Fue, con las *Relaciones* de Antonio Pérez y la obra de Brantôme (1540-1614), una de las fuentes principales en las que se inspirarían casi todas las biografías de Felipe II escritas por autores protestantes. Los rasgos más característicos de la propaganda holandesa fueron:

1. El poder y la crueldad de la Inquisición española. Varios autores han considerado al falso rumor sobre la pretensión filipina de introducir la Inquisición española en los Países Bajos como el punto de partida de toda la *Leyenda* holandesa. Fue el principal objeto de crítica, multiplicándose las obras, panfletos y libros, hasta el punto de aparecer, en 1570, un documento falso en el que la Inquisición acusaba a todo el pueblo holandés de traición y le amenazaba con la confiscación de bienes.
2. La afirmación de la crueldad bestial de los españoles, apoyada en Bartolomé de las Casas.
3. El énfasis en presentar a los españoles como pretendientes a la conquista de toda Europa.
4. El ataque directo contra Felipe II, al que se acusa del asesinato de su esposa, Isabel de Valois, y de su hijo don Carlos, de incesto, por contraer matrimonio con su sobrina, y de bigamia, afirmando que estaba casado con Isabel de Osorio, con la que había tenido hijos, cuando se casó con la Infanta de Portugal.

La pervivencia de esta imagen la pone claramente de manifiesto John Lothrop Motley, cuando escribe, en su *Historia de los Países Bajos* (1868): «Si Felipe poseía

una sola virtud, ésta se ha escapado a la concienzuda investigación del escritor de estas páginas. Si existen vicios [...] de los que estuviera libre, es porque no le es permitido a la naturaleza humana alcanzar la perfección ni siquiera en el mal».

5. Se presenta a los españoles como traidores incapaces de cumplir los pactos y tratados y a los gobernadores en Holanda, sobre todo el duque de Alba, como a títeres en manos del Papa.

Al mismo tiempo, la propaganda antiespañola y anticatólica, ya inseparablemente unidas, pasaron a ser, en manos de los holandeses, algo profundamente encajado en la tradición general protestante.

En Inglaterra son múltiples los motivos que impulsan la rivalidad con España: el valor estratégico capital de los Países Bajos, la lucha contra los católicos ingleses, el comercio colonial y la pérdida del aliado portugués, unido a la monarquía filipina. Es muy significativo que la primera edición inglesa de la *Brevísima* apareciese en 1583. Los temas principales de los escritos antiespañoles muestran las principales preocupaciones inglesas:

1. La religión: Inglaterra poseía una Iglesia no romana establecida y medios con que resistir a un papado que había recobrado sus fuerzas. España era la mayor potencia militar del mundo, poseía un vigoroso gobierno central y las creencias de su pueblo y su política eran abrumadamente católicas. Surgía así como la defensora natural de la Contrarreforma y el brazo derecho del Papa.

Para una sociedad amenazada exteriormente y dividida en su interior por conflictos religiosos, España y el catolicismo llegaron a representar casi lo mismo para el inglés protestante. En el caso de que los católicos ingleses no compartiesen estas opiniones, bastante ocupados estaban en su propia defensa.

En los escritos políticos y los sermones religiosos el catolicismo español era tildado de hipócrita y condenado por fomentar intencionadamente el vicio:

“En materia de religión, se necesitaría todo un volumen si yo me pusiera a decir cuán irreligiosamente cubren sus sórdidas y ambiciosas pretensiones con ese velo de piedad” (Raleigh).

“Los españoles eran y son poco menos que ateos, y sólo se valen del Papa para sus particulares ambiciones y fines, para confirmarlo y establecerlo en monarquías ilegítimas y, so capa de religión, para hacer esclavos a sus súbditos” (James Wadsworth).

“La contagiosa infección de papismo” va por doquier los españoles van; no hay ciudad, aldea ni casa en las Indias “donde (entre las otras virtudes españolas) no sólo la prostitución sino la inmundicia de Sodoma, que no debe ni nombrarse entre cristianos, comúnmente queda sin reproche” (Francis Fletcher).

Esto es verdad porque se consideran *“bien y seguramente benditos, vivan como vivan, si sobre sus casas y pueblos se ha hecho la señal de la cruz”* (Lawrence Keymis).

2. Unido al problema religioso, aparece el de la Inquisición. El interés por esta institución se remonta a la rebelión de los Países Bajos, ante la necesidad de justificar el comportamiento holandés en términos que fuesen aceptables para la monarquía inglesa. Las historias y libelos publicados en Inglaterra sostuvieron que la rebelión se originó por la intención de Felipe II de establecer la Inquisición española. Se argumentó que el rey había socavado los antiguos privilegios de sus súbditos y

desatado una persecución religiosa contra ellos, convirtiéndose, de este modo, en un tirano y forzando la rebelión.

De las obras publicadas en Inglaterra sobre la crueldad de la inquisición española, las dos más influyentes fueron las *Artes de la Inquisición española*, de Reginaldo González Montano, y el *Libro de los mártires*, de John Foxe.

Montano describe los métodos inquisitoriales con la intención, manifestada en el prólogo, de advertir a Inglaterra y describir todo aquello que podía verse en los Países Bajos. Esta obra, calificada por García Cárcel como un *cuento de terror sobre la Inquisición*, se publicó en latín en 1567; en 1568, 1609 y 1625 en inglés; en 1568 en francés; en 1569 tres ediciones en holandés, y en 1620 otra más; en 1603 y en 1611 en alemán.

La obra de Foxe, que pronto habría de convertirse en la lectura piadosa más frecuente entre los protestantes, junto con la Biblia, merecería ocho ediciones en los siglos XVI y XVII.

Estos libros crearon una imagen británica de la Inquisición, distinta a la difundida por los protestantes continentales. Los Reyes Católicos la habrían establecido con razón, para luchar contra las *peligrosas actividades y diabólicas maquinaciones de moros, judíos y conversos*, pero, rápidamente fue pervertida por los dominicos, que se adueñaron de ella para imponer una uniformidad doctrinal entre los cristianos y exaltar su propio poder. Es evidente que los lectores ingleses fueron sometidos a una clara labor de propaganda, basada en la exageración de las circunstancias reales y en establecer una artificiosa distinción entre la actitud de España y la de otros reinos³.

3. Los esfuerzos ingleses de expansión ultramarina. Dos generaciones después de que España y Portugal iniciaran su expansión americana, las pretensiones atlánticas de los ingleses sólo podían alcanzarse a expensas de los reinos ibéricos. Richard Hakluyt⁴, con el claro objetivo de fomentar las empresas colonizadoras inglesas, pretende excitar el resentimiento popular contra España. En esta lucha jugó un gran papel la difusión de la obra de Las Casas, sin que esto implicase ni la defensa ni el conocimiento de la realidad indígena.
4. La rebelión de los Países Bajos ejerció un efecto enorme sobre la opinión pública inglesa, contando con el interés de la monarquía inglesa, los calvinistas, ingleses y flamencos, tendieron a ver la rebelión en su aspecto moral. La Inquisición les parecía la mayor dificultad, pero también señalaron otras causas: *“el golfo excesivamente espacioso e insondable de la ambición y el odio españoles que profesan a nuestra nación y que tan totalmente se han adueñado del alma de Felipe y de todos los*

³ El gobierno británico defendió la tortura: p. ej., lord Burghley, en 1583, defendió torturar a los católicos porque lo merecían por negarse a dar testimonio contra ellos mismos; argumenta que el trato no era cruel, pues nadie fue tan brutalmente azotado que no pudiera luego escribir una confesión o, al menos, firmarla. Además, las autoridades inglesas, identificando el catolicismo con la traición, sostuvieron que sus víctimas no estaban siendo castigadas por herejía, sino por traición.

⁴ *Principales viajes, tráficos y descubrimientos de la nación inglesa* (1589).

españoles” (Verheiden); el hecho de que el gobierno de España estuviera en manos de los *capitanes y el clero* (Sir Roger William), o la tiranía de Felipe II, que justifica la rebelión. Si bien, con más frecuencia, por ser más aceptable en una sociedad monárquica, se afirma que se levantan contra los consejeros del rey.

5. La expedición de la *Armada Invencible* confirmó las antiguas ideas sobre la ambición española, reforzó la imagen de la protección providencial que Dios ejerce sobre Inglaterra e incorporó el mito de la incapacidad española a la *Leyenda*.

“*Sus armadas huyeron del aliento de nuestros cañones, como la niebla ante el sol, como el elefante huye ante el ataque del carnero, o la ballena ante el ruido de los huesos secos. Los vientos, resentidos de que el día estuviera tan nublado con tal caos de nubes de madera, levantaron baluartes de olas agitadas, desde donde la muerte disparó contra sus desordenadas naves; y las rocas con sus fauces protuberantes devoraron todos los fragmentos de roble que dejaron. Así perecieron nuestros enemigos, así combatieron los Cielos por nosotros*”⁵.

“*Y si la victoriosa mano de Dios no hubiese frustrado los astutos planes y propósitos de los españoles, si no hubiese dispersado tan grande terror para toda la cristiandad y mojado sus cadáveres en el mar, ¿cuál habría sido la condición ...*”⁶.

“*Traían largos látigos / para dar a los hombres vil castigo; / y el infame tormento / no lo pudo pensar ni el Enemigo; / con los nudos de alambre / arrancaban las carnes, / y llevaban consigo / las partes de las víctimas. / De aquellos pobres cuerpos / no quedaban ya sanos no los huesos, / tal era la crueldad de los verdugos; / y los hombres morían / desfigurados, rojos y contusos. / Y para las mujeres indefensas, / de pánico temor enloquecidas, / traían tales látigos, que nunca / usarlos en las bestias pensarían: / llevaban metal duro en los extremos / y rudas cuerdas de grosor diverso; / con cada latigazo / mucha sangre brotaba de sus cuerpos*”⁷.

6. Los católicos ingleses. La discriminación que sufrían impulsaba a los católicos ingleses más ambiciosos a buscar fortuna en el extranjero; y, en la práctica, *el extranjero* sólo podía ser España. Por este motivo, la propaganda inglesa prestó atención a las malas condiciones de vida de los expatriados ingleses. Por ejemplo, el *Discurso sobre el empleo de los fugitivos ingleses por los españoles* (1595) se centra en el recelo con que el pueblo español mira a los refugiados, pese a su catolicismo.

ESPAÑA Y EL PROBLEMA RELIGIOSO EN ESTADOS UNIDOS

Tampoco es difícil encontrar en Estados Unidos un sinnúmero de textos, literarios, históricos, periodísticos, meros relatos de viajeros, que nos pintan la España clerical del monje inquisidor y el jesuita. Por ejemplo, Francis Parkman, en 1863, en *The Pioneers of New France*, escribe:

“*España era una tiranía de monjes e inquisidores, con sus enjambres de espías e informadores, sus torturas, sus mazmorras y sus hogueras, quebrantando toda libertad de pensamiento y de palabra (...) En doctrina y en hechos el inexorable fanatismo de Madrid fue siempre por delante del e Toma (...) El*

⁵ Thomas NASHE, *Pierce Pennilesse His Supplication to the Divell*, Londres, 1592, cit. W. MALTBY, ob. cit., pág. 101.

⁶ *A Declaration of the Causes Which mooved the Chiefe Commanders of the Navie*, Londres, 1589, cit. W. MALTBY, ob. cit., pág. 102.

⁷ Thomas Deloney, *A New Ballet of the Strange and most cruel whips*, Londres, 1588, cit. W. MALTBY, pág. 105.

monje, el inquisidor y el jesuita eran señores de España, soberanos de su soberano, pues ellos habían formado la estrecha y oscura mentalidad de ese tiránico recluso (Felipe II). Había formado el pensamiento de su pueblo, ahogando en sangre cualquier chispa de naciente herejía y entregando una noble nación al fanatismo ciego e inexorable, perdición de su destino (...) [El fanatismo] convirtió al español de esos tiempos en un azote como nunca sufrió la humanidad. España fue ciudadela del oscurantismo (...) El típico español no fue estrictamente un fanático, fue el fanatismo personificado”⁸.

No es posible ignorar que en la literatura estadounidense aparecen también imágenes de una *España romántica*, idealista y quijotesca, la que pintó Joe Mitchell Chapple, y de otra *España imperial*, la de las grandes hazañas conquistadoras, la de Lummis. Pero la imagen predominante es con mucho la *España Negra*, oscurantista, ignorante y fanática. Es en ésta en la que voy a detenerme.

Para caracterizar este problema es imprescindible remontarse a la tradición europea de lucha antiespañola y anticatólica y a los orígenes de la colonización inglesa en Norteamérica, y comprender así el nacimiento de una idea de América como algo radicalmente opuesto a lo español. Problema que en Estados Unidos tiene una base esencialmente religiosa.

Inglaterra envía a los futuros Estados Unidos, de la mano de Thomas Gage, Thomas Scott, Thomas Middleton, Johnson, Fletcher o Peele, todos los temas antiespañoles unidos a su rivalidad naval: fray Bartolomé de las Casas y la bárbara conquista de las Indias, las restricciones comerciales impuestas por España o la injusta pretensión pontificia de repartir el mundo entre los dos soberanos ibéricos.

Al tiempo, los primeros colonizadores de la Norteamérica anglosajona, buscaban al otro lado del mar el nuevo Edén, donde pudieran superar las luchas y la intolerancia del viejo continente.

De este modo, se va generando en las colonias inglesas durante los siglos XVII y XVIII un rechazo a todo lo europeo, a sus obras y a sus luchas, una tendencia a la concentración en sí mismo, al aislacionismo internacional, un miedo al expansionismo español, a su tiranía y a su intolerancia. En este movimiento hay que buscar tanto la identificación de lo *americano* con el protestantismo y la del catolicismo con todo lo que no significa *América*, es decir, monarquía, tiranía, vinculación Iglesia-Estado, etc., como el miedo a la *conspiración contra la libertad*, constante en la tradición anglosajona, por lo menos desde el siglo XVII.

Esta complejidad resulta de la fusión, en la naciente sociedad americana, de varias tradiciones:

1ª.- LA TRADICIÓN INGLESA ANTI-INSTITUCIONALISTA, que se remonta a John Wyclif, que se refleja en una lucha contra la iglesia anglicana —acusada de estar dominada por resabios papistas, para un puritano o un calvinista Enrique VIII e Isabel I habían roto con Roma pero habían conservado intacta la sustancia de la iglesia católica, por lo que marcharon al Nuevo Mundo con la intención de construir la verdadera iglesia de Dios—, y que, tras el debilitamiento y casi desaparición del anglicanismo en América a finales del siglo XVIII, se vuelca plenamente sobre el creciente catolicismo.

⁸ Francis Parkman, *Provinces of France in the New World*, Boston, 1914, cit. Ph. POWELL, ob. cit., págs. 157-58.

2ª.- LA TRADICIÓN PROTESTANTE, que tiene dos vertientes claras: el anti-catolicismo y la difusión del miedo y la idea de decadencia. Como ha demostrado Delumeau, en un contexto de miedo generalizado en Europa, el protestantismo nació dominado por una combinación de angustias: el miedo al fin del mundo, el miedo a Satán y a sus agentes, el miedo al hereje, símbolos todos de la decadencia, que no le alejan precisamente del fanatismo. Angustias que llevaron a América un sentimiento de culpa y un miedo a la depravación. Dados además los peligros externos y las tensiones psicológicas de vivir en un mundo cerrado, el individuo no sólo debía preocuparse de su conducta sino también de la de su vecino, pues los pecados de una sola persona ponían en peligro a toda la comunidad.

3ª.- EL DESARROLLO DE UN PROTESTANTISMO AMERICANO, que evolucionó desde la creencia en una Biblia liberada de la superstición papista como base suficiente para el buen desarrollo de la sociedad cristiana, hasta defender la separación de la Iglesia y el Estado. Un desarrollo distinto en cada colonia confluyó, dada la intercomunicación entre ellas, en un proceso semejante, originado por la lucha entre anglicanos y presbiterianos por la institucionalización de sus respectivas iglesias, la oposición —sobre todo de los cuáqueros— a pagar impuestos para el sostenimiento de cualquier iglesia y la diversidad de creencias que hacía imposible la uniformidad.

De este modo surgió un protestantismo caracterizado más por su *americanismo* que por ser de tal o cual secta o iglesia y por un alejamiento de toda institucionalización y de la unión entre la Iglesia y el Estado, en cuyo desarrollo, consumado por la revolución y la crisis de la Iglesia de Inglaterra, jugaron un papel fundamental varios aspectos: la convicción, fortalecida por el caso de Maryland, del peligro católico, vinculado a la alianza de católicos, franceses e indios, que llevó a acusar a cualquier heterodoxo de catolicismo; la política inglesa de la época de la restauración, que pretendió fortalecer su iglesia en las colonias por medio de la fundación en 1701 de la *Society for the Propagation of the Gospel*; los teóricos ilustrados y, sobre todo, el *Gran Despertar*, cuyas principales consecuencias fueron relajar el prestigio y el poder de las iglesias ya existentes, crear divisiones en su interior, hundir algunas congregaciones y crear otras, difundir entre los habitantes de las colonias una mayor confianza en la experiencia religiosa propia que en las opiniones de clérigos y religiosos, y aumentar más todavía la diversidad de creencias. Por todo esto, pese a que no desarrollo grandes escritos —la única excepción es, quizás, la obra de Elisha Williams, por otra parte manifiestamente anticatólica— y a que sus consecuencias no se hicieron palpables hasta la época de la revolución el *Gran Despertar* fue el factor más importante en la creación de un protestantismo americano propio.

Los apóstoles del *Gran Despertar*, y a la cabeza de ellos Whitefield, predicaron desde la década de los cuarenta la unificación de los cristianos, superadora de las divisiones sectarias, pero al tiempo desarrollaron los peores excesos del fanatismo,

atacando con ferocidad a los no convertidos a la nueva religión y dando énfasis a la terrible omnipotencia de Dios y a la miserables impotencia del pecador.

En este clima Roger Williams estableció las bases de la tolerancia sobre cinco razones:

1. La sangre vertida por protestantes y papistas no es requerida ni aceptada por Cristo.
2. La falsa doctrina que prohíbe y persigue la libertad de conciencia es responsable de toda esta sangre.
3. Los gobiernos civiles son esencialmente civiles y, por tanto, no son defensores del culto cristiano.
4. Ha sido el mismo Dios quien ha permitido todas las manifestaciones religiosas y por lo tanto sólo el puede juzgarlas.
5. Permitir otros credos y cultos dentro de un estado favorecerá una paz más firme y duradera.

Este último punto era fundamental, pues se acusaba a la unión de la Iglesia y del Estado de la decadencia española. Los planteamientos de Williams iban más allá de la tolerancia, estableció también la teoría de la separación entre la Iglesia y el Estado.

La idea de la tolerancia será desarrollada con más detalle por John Locke, que, como demostró Bernard Bailyn, es el único ilustrado europeo que ejerció sobre los pensadores revolucionarios americanos una verdadera influencia. Su *Carta sobre la tolerancia*, no es ni el primero ni el último tratado sobre el tema. Sobre él se argumentó abundantemente desde Cusano, Tomas Moro, Aconcio, Sebastián Castalion, Roger Williams o Spinoza. Sin embargo, la obra de Locke tuvo una importancia mucho mayor que todas las demás. Aun así, la *Carta* tiene una grave limitación: estudia la tolerancia entre los creyentes y la conveniencia de implantarla, pero marca los límites de esta misma tolerancia, refiriéndose a quienes se arrojan de modo más o menos abierto para ellos y para los de su secta, un privilegio particular y contrario al derecho civil, todos los que se atribuyen a sí mismos un privilegio del que no disponen los demás y todos aquellos que si tuvieran la ocasión se apoderarían de los bienes del Estado y de la libertad de los ciudadanos implantando la intolerancia. Todos éstos no tienen derecho a ser tolerados. Es decir, la presunción de intolerancia en el otro, nos exime de ser tolerantes.

4ª.- LA TRADICIÓN DE LUCHA COLONIAL CONTRA FRANCIA Y ESPAÑA, que no se resuelve con la desaparición del poder francés de América, como prueba el conflicto de la *Quebec Act*, unida al peligro que representaba el indio en la frontera. Tampoco es casualidad que en las víspera del proceso revolucionario norteamericano la revista *American Magazine*, en 1759, publique por entregas la obra de Thomas Gage *Viajes por la Nueva España y Guatemala*, cuya primera edición se remonta a 1648. La intención de Gage era ayudar a los ingleses en sus ataques a las posesiones españolas en América, sosteniendo que España no mantenía un ejército apreciable en

Ultramar y, por lo tanto, las Américas podrían fácilmente ser invadidas. Hacía hincapié en el gran beneficio que para la humanidad representaría la sustitución del gobierno español por el más virtuoso del protestantismo inglés.

A Gage se le debe achacar también, si no el origen, si la responsabilidad de haber apoyado algunos de los más difundidos prejuicios contra Hispanoamérica, la inmoralidad de los clérigos, el hipócrita ornato de las ceremonias católicas, la parasitaria vida del sacerdote a costa de los demás creyentes. Pero, su mayor importancia reside en que se constituyó para los Estados Unidos en un preanuncio del *Destino Manifiesto*, al reflejar su obra un ataque contra el catolicismo, contra España y contra la unidad de la Iglesia y el Estado y al ser él mismo el primer inglés que tuvo la visión de una América inglesa y que despertó con este libro en la conciencia del pueblo la necesidad de lanzarse al Nuevo Mundo con la idea de Imperio.

5ª.- LA REVOLUCIÓN, influida por los clásicos, los ilustrados, los pensadores del Common Law inglés, los teóricos sociales puritanos y, sobre todo, los radicales ingleses, desarrolló, junto a la idea del destino nacional americano, una visión de *América como experimento difícil por superar el destino clásico de la república* —la decadencia—y el temor a la *conspiración*, a la existencia de una trama contra la libertad, que permite explicar tanto la política inglesa del rey Jorge como el peligro papista.

La idea de América como experimento y como destino, surge de la confluencia de diversas corrientes ideológicas en el proyecto revolucionario americano. Por una parte la tradición clásica y la calvinista aportan la idea de la vida como riesgo permanente. El ethos calvinista estaba lleno de ideas sobre la depravación del hombre, la precariedad de la existencia humana y la vanidad de los mortales bajo el juicio de la divinidad. Se convertía así la vida en una interminable proceso de prueba, que muy pocos pueden superar.

El conocimiento de la historia, y fundamentalmente el de la de la Roma republicana convence a los norteamericanos del carácter perecedero de las repúblicas. No obstante su cultura clásica se centra sobre todo en Plutarco, Tito Livio, Cicerón, Salustio y Tácito, autores que, viviendo en un tiempo en el que la república se ve amenazada en sus fundamentos o cuando sus días de grandeza ya han terminado y sus virtudes morales y políticas están en decadencia, habían abominado y recelado de su propio tiempo y buscado en el pasado las virtudes *republicanas*: la simplicidad, el patriotismo, la integridad, el amor a la justicia y a la libertad. La decadencia de Roma es, así, una advertencia para los que se disponen a construir otra república.

Por otra parte también del calvinismo se recoge la idea de que unos pueblos están más cerca de Dios que otros, idea que combinan con la tradición agustiniana de la Ciudad de Dios, según la cual la historia es un camino de redención, y con la idea ya señalada de que Dios les había sacado de la Europa corrupta para que cumplieran sus designios de pueblo elegido. De este modo, surge la interpretación de América como experimento

difícil por la superación del destino clásico de la república: la decadencia, y, al tiempo, la idea mística de un destino nacional americano.

Han aparecido así todos los elementos que configuran la imagen de la España católica:

1. El poder político y su manifestación de rivalidad en la escena americana.
2. La raíz intolerante e intolerable de su religión.
3. La tradición histórica.
4. El ataque contra su inmoralidad —reflejado perfectamente en las novelas de Monk, Sherwood o Reed—, cuyo origen puede remontarse a Enrique VIII, que lo utilizó como pretexto para justificar su política de confiscaciones, y a autores como Thomas Gage, publicado en las trece colonias en 1758.
5. La identificación del catolicismo con la unión de la Iglesia y el Estado —causa de la decadencia española—, la vinculación a un poder extranjero y una tradición de violencia e intolerancia.
6. El análisis de la historia se realiza a partir de la *Reforma*, como primera gran revolución, la revolución de las conciencias por la cual el hombre se liberó del yugo del fanatismo y del oscurantismo y estableció su derecho a comunicarse directamente con Dios y a buscar libremente la mejor manera de realizar esa comunicación. El *Descubrimiento*, que no por casualidad se produce al mismo tiempo que la Reforma, implica la apertura de un Nuevo Mundo, que hasta entonces había estado escondido por deseo de Dios, a la espera del hombre nuevo que pudiera llevar a cabo, lejos de la viciosa Europa, sus proyectos de redención. La Revolución, por último, es la conclusión lógica de este razonamiento, pues abre una brecha entre el Viejo y el Nuevo Mundo, para que éste, ya independiente, pueda realizar en plenitud sus designios.
7. La radicalización de los postulados revolucionarios en torno a la existencia de una conspiración papista, la necesidad de separar la Iglesia y el Estado, la lucha de la libertad contra el poder, el despotismo y la necesidad de todo pueblo libre de permanecer vigilante.

Así aparece como causa básica del anticatolicismo la fusión del miedo al extranjero con una tradición histórica anticatólica, que genera un angustioso sentimiento global de inseguridad.

Subyace una idea matriz, desarrollada por Lea mejor que por ningún otro: como causa de la unión entre la Iglesia y el Estado surge la Inquisición, que es la manifestación máxima de la intolerancia católica y del error de la vinculación de la política y la religión, es el factor regulador de la persecución moderna y, junto con la Iglesia Católica, como elementos dominantes de la historia de la civilización, los mayores responsables de los males de la sociedad europea.

Sobre esta base se desarrolla lógicamente otra gran cuestión: la actividad malvada de la colonización española, que no tiene otra causa que la relación entre un Estado monárquico y

centralizado con una Iglesia intolerante, combinación que sólo puede generar la tiranía, frente a lo cual se levanta el ideal americano de la *República*, como garantía de la libertad.

España había preocupado a los colonos anglosajones desde el siglo XVII, en una época en la que los contactos con ésta y con Hispanoamérica eran más bien escasos. El interés sólo podía tener una razón psicológica. Es aquí donde se sitúan las personalidades de Cotton Mather y Samuel Seewall, cuyo interés por la cultura española tiene una raíz religiosa: aumentar sus conocimientos para facilitar la penetración del protestantismo en la América Española y ponerla, así, en el camino de la redención, religiosa y política. La América colonizada por España fue desviada de su verdadero destino, como parte del *Nuevo Mundo*, por la acción colonizadora de España. Contra esto reacciona Mather:

“escribí un pequeño resumen de la Religión Protestante, en algunos artículos, respaldados en citas irresistibles de la Biblia. Traduje esto al idioma español, y ahora lo estoy imprimiendo con el designio de enviarlo, por todos los medios de que dispongo, a las variadas partes de la América hispana”.

Las modificaciones que sufre esta imagen durante el siglo XVIII son mínimas, y están ligadas únicamente al aumento de los contactos, al expansionismo borbónico por la América del norte y por consiguiente a la sustitución del temor vigilante y el confiado aislamiento por la idea de España como peligro real e inmediato, amenaza por otra parte inaceptable en una época en la que ya se estaba perfilando el ideal de expansión hacia el Oeste. La imagen perdurará en el siglo XIX y buena parte del XX. España era así primitiva, era la encarnación perfecta de los males que los estadounidenses achacaban a Europa: la pobreza, la falta de filantropía, el catolicismo; en palabras de Charles D. Warner, *una alegre ruina*. La preocupación por España se centraba así en *los ladrones de caminos, los fandangos y las castañuelas*, ligado a la idea de E. C. Wines de no renunciar a España pese a sus sacerdotes, lo que por otra parte no debe ser para nosotros tan sorprendente, habituados a identificar a los Estados Unidos con las hamburguesas, la coca cola y los vaqueros.

Este es el estado anímico en el que se llega a la guerra de 1898, celebrada por John H. Barrows: *“Gloriosos resultados se han logrado en esta última gran lucha entre la Edad Media y nuestra Declaración de la Independencia, entre la Inquisición y la escuela común, entre la tortura y la tolerancia, entre el Duque de Alba y George Washington, entre Felipe II y Abraham Lincoln”*⁹.

Queda planteado el problema de si esta imagen se ha debilitado en el siglo XX o, por el contrario, se mantiene viva. Los defensores de la primera posición han señalado el papel desempeñado por la asunción por parte de Estados Unidos del liderazgo occidental, el desarrollo de la iglesia católica en Estados Unidos y la aparición del anticomunismo. En esta línea, la obra de Powell es, sin duda, muy significativa.

*«En grado semejante —escribe— sufrimos las noticias tendenciosas de Pravda e Izvestia sobre nosotros y nuestra historia, como aquellas exageraciones relacionadas con linchamientos de negros, guerra bacteriológica en Corea, (...). Al igual que ocurrió en los siglos de difamación de España, sucede ahora con el concepto que nuestros vecinos del sur tienen sobre nosotros»*¹⁰.

⁹ Cit. Ph. POWELL, ob. cit., pág. 162.

¹⁰ Philip W. POWELL, *Árbol de odio*, Madrid, 1972, pág. 12.

Por el contrario, otros, han afirmado la vigencia de la imagen negativa de España, motivada por el incremento de la presión ejercida por la minoría hispana sobre la cultura norteamericana.

BIBLIOGRAFÍA

- ARNOLDSSON, Sverker, *La Leyenda Negra*, Göteborg, 1966.
- BILLINGTON, Ray Allen, *The Protestant Crusade 1800-1860. A Study of the Origins of American Nativism*, New York, 1938.
- BRATLI, C., *Felipe II rey de España*, Madrid, 1940.
- CARBIA, Romulo D., *Historia de la Leyenda Negra en Hispanoamérica*, Madrid, 1944.
- ELLIS, John Tracy, *American Catholicism*, Chicago, 1969.
- FELL, Marie Leonore, M. A., *The Foundations of Nativism in American Textbooks 1783-1860*, Washington, 1941.
- GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, *La leyenda negra*, Madrid, 1992.
- JUDERÍAS, Julián, *La Leyenda Negra*, Salamanca, 1997.
- KANE, John J., *Catholic-protestant Conflicts in America*, 1955.
- MALTBY, William S., *La Leyenda Negra en Inglaterra*, México, 1968.
- MARRARO, Howard R., "Rome and the Catholic Church in the Eighteenth-Century American Magazines", *The Catholic Historical Review*, 32 (1946) 157-89.
- POWELL, Philip W., *Árbol de odio*, Madrid, 1972.
- RAY, Mary Augustina, B. V. M., *American Opinion of Roman Catholicism in the Eighteenth Century*, New York, 1974.
- SCHLESINGER, Arthur M., Jr., *Los ciclos en la Historia de América*, Madrid, 1988.